

a su vez respondió con dureza al clausurar el diario en mayo de 1931 y detener y encarcelar a Natalio y Salvadora. Luego de más de tres meses de reclusión, ambos fueron excarcelados y partieron rumbo al exilio en Uruguay, donde Botana se involucró en la política interna de ese país, lo que le trajo no pocos problemas y un emprendimiento periodístico—a la postre fracasado—el del diario *Uruguay*. La pareja sólo regresó a la Argentina cuando asumió como presidente el general Agustín P. Justo, a cuyo gobierno Botana y *Crítica* le prestaron decidido apoyo.

En la arena internacional, *Crítica*, a diferencia de otros periódicos argentinos, se identificó sin ambages desde un principio con la República española durante el transcurso de la guerra civil, discurso que fue paralelo a su prédica antinazi. En agosto de 1941, en plena guerra mundial, Botana murió en un accidente automovilístico en la provincia de Jujuy: *Crítica* ya no sería la misma de allí en adelante. Salvadora, directora del diario cuando Juan Perón presidía la Argentina, renunció en 1948 al cargo, por problemas con ese gobierno. El diario dejó de aparecer en 1963 y Salvadora le sobrevivió nueve años.

Puede concluirse que el autor del libro, a partir de la correcta utilización de la bibliografía básica publicada sobre ambos protagonistas y sobre el diario *Crítica*, la cual ha relevado puntualmente, y una pluma ágil que le permite llegar con claridad al lector, tanto el especialista como el interesado en temas históricos, brinda una aproximación a la política, al periodismo y a la cultura rioplatenses de la primera mitad del siglo XX. Ello, a través de un examen de la vida de dos personajes atractivos, cuyas actuaciones públicas no pretende Piñeyro “loar ni execrar,” sino, tal como lo plantea en la introducción del libro, narrar para que cada lector pueda obtener, con la información brindada, sus propias conclusiones.

Claudio Panella

Universidad Nacional de La Plata

PATRICK BARR-MELEJ: *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2017.

El reciente libro de Patrick Barr-Melej se ocupa de reconstruir los orígenes de la contracultura chilena en el tumultuoso contexto signado por la instalación en 1970 de un gobierno decidido a conducir una transición democrática al socialismo, derrocado tres años más tarde por una dictadura militar que logró imponer un nuevo orden represivo. Este acercamiento representa un aporte al creciente cuerpo de investigaciones referidas al pasado reciente latinoamericano que hacen foco en la juventud y sus prácticas culturales asociadas, al que enriquece con méritos específicos.

Cabe destacar, en primer lugar, la fructífera manera en la que el autor encara algunas dificultades habituales en los estudios sobre la *contracultura*, como espacio generacional particularmente amorfo y heterogéneo originado en base a un concepto cuyos usos nativos y sociológicos suelen confundirse. En este caso, Barr-Melej las enfrenta apelando a la noción de “parecidos de familia,” que utiliza para describir la relación entre una amplia variedad de ideas y cosmovisiones, prácticas de vida cotidiana, tendencias estéticas y actitudinales, todas ellas presentadas como expresiones de una corriente subyacente de *heterodoxia* cultural a la que adhirió, mientras la impulsaba, una porción de adolescentes y jóvenes chilenos. De este modo, el autor se propone analizar los contornos y contenidos de la contracultura autóctona en base a una serie de fenómenos que, a pesar de su carácter relativamente marginal y minoritario, tiñeron los más amplios debates políticos y culturales de la época, viéndose a la vez fatalmente influidos por ellos. Con esta intención, Barr-Melej se ocupa de objetos prácticamente desatendidos por la historiografía académica hasta el momento, como es la instalación entre finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente de las primeras versiones del rock y del *hippismo* chileno (a los que dedica los capítulos 4 y 5) y de los grupos *siloístas* del llamado “Poder Joven,” cuyas propuestas combinadas de esoterismo y revolución alcanzaron significativas resonancias (cap. 6). A pesar de su marcada heterogeneidad, estas expresiones dieron cuenta para el autor de la conformación de una sensibilidad generacional apoyada en la premisa según la cual la auto-liberación individual constituía una vía prioritaria y necesaria para una auténtica transformación de la sociedad.

Otro acierto del trabajo consiste en su lograda intersección entre dimensiones transnacionales y nacionales de análisis, con la que el historiador estadounidense refleja el modo en que tendencias juveniles circulantes a nivel global fueron receptadas y (re)creadas en el contexto chileno, adquiriendo connotaciones muy particulares. En este sentido, la investigación confirma la operatividad de la categoría de *juventud* como dispositivo simbólico e identitario, por entonces de alcance tendencialmente universal, empujado en el caso de Chile, como en otros países de la región, por múltiples y contradictorios proyectos de modernización y renovados circuitos de la industria cultural y masiva. El autor analiza la creciente relevancia del fenómeno juvenil en el caso aquí estudiado, teniendo en cuenta tradiciones nacionales de larga duración que configuraban una sociedad apegada a las formalidades democráticas y culturalmente conservadora, y en articulación con los más evidentes antagonismos ideológicos, partidarios y de clase implicados en la dinámica del proyecto de transición al socialismo y su clausura. Al respecto, el trabajo se concentra en los debates desarrollados alrededor del “problema de la juventud” (cap. 2) y de la figura del “buen joven chileno” (cap. 7) en los que participaron actores ubicados en ambos extremos

del arco ideológico, dando cuenta no solo de la visibilidad de las prácticas y dispositivos juveniles sino también de las expectativas y ansiedades sociales por ella generada, abonando el terreno para el desenvolvimiento de conflictos ubicados en el cruce entre la política y la cultura, tensionados entre ideales contradictorios que se asignaban a las nuevas generaciones.

En este contexto, Barr-Melej verifica que el surgimiento y la puesta en escena de las expresiones contraculturales, instaladas como las versiones juveniles más decididamente disruptivas, representaron una verdadera puesta a prueba de los límites de tolerancia del sistema en su conjunto. Una de las mayores virtudes del trabajo reside en el desciframiento de las connotaciones políticas de dichas apuestas así como de las reacciones por ellas despertadas, siendo quizás el aporte lateral más importante de la investigación la nueva perspectiva que ella ofrece acerca del heterogéneo espacio de la izquierda política (dentro y fuera de la coalición gobernante) y su campo cultural asociado. Del estudio de las tensiones y convergencias establecidas entre ambos universos, apoyadas en aspiraciones de liberación sólo parcialmente compartidas, el autor advierte acerca de sutiles clivajes culturales y generacionales que intervienen dentro del campo revolucionario, que van más allá de los más recordados debates programáticos o estratégicos acerca del uso de la violencia y la acción directa.

Adicionalmente, cabe destacar el tratamiento de momentos y expresiones vinculadas a la historia de la contracultura chilena y de sus representaciones, que condensan buena parte de los argumentos esgrimidos en el libro. Cabal muestra de ello lo constituye el capítulo inicial dedicado al icónico festival recordado como *Piedra Roja*, ocurrido en 1970 a escasos días de la asunción de Salvador Allende como presidente, así como la inclusión en capítulos subsiguientes de análisis de producciones culturales clave que reflejaron críticamente cómo algunos jóvenes habían asumido las nuevas ideas y costumbres, como es el caso el influyente libro *Mi hermano hippie* de la escritora Marcela Paz, publicado en 1971. Mención especial merece el último capítulo dedicado a la novela *Palomita Blanca* de Enrique Lafourcade, publicado el mismo año y que inspiraría la película homónima de Raúl Ruiz, estrenada finalmente en 1992 luego de permanecer censurada bajo el pinochetismo, cuyo argumento y contextualización el autor ofrece como resumen y corolario particularmente completo de las representaciones sobre su objeto de estudio.

Psychedelic Chile ofrece una lectura que es renovadora en múltiples aspectos acerca del fragmento más traumático del pasado reciente chileno, que habilita a la vez sugestivas líneas de interrogación, las cuales pueden ser aprovechadas para profundizar la captación de los sentidos y legados más profundos de esa historia.